

de quien, escalando el empinado picacho de su montaña, se dispusiera a medir sus alas y a catalogar su impulso ideal.

Un distinguidísimo crítico francés de nuestros días, Eduard Schuré, divide a los grandes poetas en dos únicas categorías, por sobre la intrincada urdimbre de escuelas, modos y capillas. En el primer plano coloca a aquellos que representan a las grandes épocas y las blasonan con su genio. Ellos son dueños, afirma, de una estética y una filosofía de precisos contornos, y en los mismos la humanidad realiza una forma del pensamiento y de la vida. Son los poetas de la *plena luz y el mediodía*.

Los siguen las poetas que denotan los períodos de transición, bardos errantes y dolorosos, precursores, anunciadores y divinos. Su *estética es vaga*, y su *filosofía flotante*. Son los poetas de la *aurora y del crepúsculo*. Y nuestro crítico ha sorprendido con deleitoso asombro que en sus almas crepusculares o aurorales preludian las formas del pensamiento de la Vida. Así, Lamartine, Victor Hugo, Alfredo de Vigny, encuadran en la primera clasificación, porque canta el primero al amor puro que encuentra *su Dios en el sentimiento soberano y absoluto*. Hugo, porque afirma sin pausa su energía indomable, los principios y las verdades eternas; el último por su lucha titánica frente a frente a la duda, en la palestra de su "tour d'ivoire". Estos, dice Schuré, no pueden ser comprendidos sino después de muertos. Fué así que su estrella se levantó radiante sobre el crepús-

culo del siglo XIX para resplandecer victoriosamente en todo el siglo XX. Baudelaire y Verlaine, son los poetas de los crepúsculos y las auroras. Artista y pensador el primero; melodioso, sensitivo y doliente el segundo, son los que anuncian las cosechas ideales del porvenir.

A María Eugenia Vaz Ferreira, hija de su tiempo, cantando en medio al torbellino ideológico y emocional de su hora, no podríamos contenerla con justeza en ninguna de ambas clasificaciones. Fué poeta de la luz y el mediodía, y también del crepúsculo y la aurora. Fué alondra y fué águila; cisne y sirena; ruiseñor y serpiente; ninfa y walkiria. Cantó en el harpa de cristal y oro, el ária femenina, y sostuvo sobre su corazón "de hombre" la lira de hierro.

Una vez es la voz de ruego, de terciopelo y de fuente :

" ¡Ay de las melodiosas serenatas, aquellas cuya pági-
[nas no abrieron—junto
" a las harpas mudas y enmudecidas—bajo los empol-
[vados terciopelos!
" ¡Ay del rosario cuyas cuentas mudas no sintieron
[glisar místicos dedos!
" ¡Ay de aquellas palabras que tus labios no engarzarán
[jamás en mis silencios!

Y luego la cláusula de bronce fundido en el